VIOLENCIA DE LO SEXUAL EN LA ADOLESCENCIA

Por: Frank Herr Rico Barbosa
Psicólogo clínico IPSICOL - ASPERLA[1]

> *"Cuando, tras unos sueños intranquilos, Gregor Samsa despertó esa mañana, se encontró convertido en un enorme insecto. Yacía sobre el duro caparazón […] en cuyas prominencias la colcha apenas podía sostenerse […] Sus numerosas patas, ridículamente delgadas en comparación con el volumen anterior de sus piernas, se agitaban desvalidas ante sus ojos.*
> *- ¿Qué es lo que me ha ocurrido? – pensó*
> *[…] - ¿Qué ocurriría si yo siguiera durmiendo un rato más y me olvidara de esta chifladura? – pensó*
> *[…] El intenso dolor que sintió le informó inmediatamente que la parte inferior de su cuerpo era quizá, en su nueva condición, la más sensible. […] comprendió que no tenía ninguna posibilidad de poner orden y calma en aquella arbitrariedad, y se dijo de nuevo que de ningún modo podría permanecer en la cama y que lo más sensato era arriesgarlo todo, aunque sólo quedase la mínima esperanza, para liberarse del lecho…"*

Estos fragmentos del cuento de Franz Kafka (1915): "La Metamorfosis" parecen inspiradores e ilustrativos de aquello que, precisamente, Sigmund Freud planteó sobre la "Metamorfosis de la Pubertad", en sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1905c).

La forma sorpresiva en que Gregor se halló transformado en su corporalidad una mañana cualquiera, después de una noche de sueños intranquilos, al igual que la significación inicial de ridiculez y de desvalimiento que el joven hizo de sus cambios corporales, junto con la inicial actitud de evasión de esa nueva realidad; son elementos que narrativamente permiten metaforizar la condición crítica y, a veces, traumática que la pubertad trae consigo y que en el cuento de Kafka se representa por medio de ese *sentimiento de pasivización* que Gregor experimentó frente a sus cambios corporales.

---

[1] Ponencia presentada para el seminario "Violencia Sexual" realizado el viernes 2 de octubre de 2009 en el Hospital de La Ceja – Antioquia, en representación de la institución psicosocial IPSICOL de Medellín.

Sin embargo, en el cuento también es posible hallar que gracias al riesgo asumido por medio de la acción, este adolescente gradualmente pudo aceptar e, incluso, sacarle provecho a sus nuevas adquisiciones, descubriendo así, *a posteriori*, que gracias a tal transformación inicialmente crítica ahora podía moverse por rincones de la casa a los que antes no le era posible acceder, y en los que no sabía que estaría tan realizado.

Precisamente, esta concepción sobre una *transformación crítica* ha sido planteada generalmente por distintas disciplinas, tanto médicas como sociales y humanas, al hacer referencia a la *adolescencia*. En este sentido, se le suele entender como un momento de la vida que da lugar a una serie de *conflictos anímicos* a la manera de variaciones emocionales, que pueden ir de la euforia excesiva a la profunda tristeza.

Análogamente a como Freud en su obra culmen: "La interpretación de los sueños" (1900) distinguió entre el dormir, que remite a un estado del ciclo circadiano, y el soñar en su dimensión propiamente mental, en esta ponencia se parte de una concepción de *Adolescencia* que, aunque no desatiende la participación de los cambios sexuales de orden fisiológico de la pubertad, se centra en el *análisis de los fenómenos psíquicos* que paralelamente se presentan y que, inversamente, también influyen en lo corpóreo.

El descubrimiento *de lo inconsciente*, al igual que el hallazgo de la *sexualidad infantil* son los más grandes aportes que el Psicoanálisis le ha ofrecido a la humanidad y, también, las premisas teóricas que le permitieron a Freud establecer un distanciamiento epistemológico del modelo positivista en la investigación de los fenómenos psíquicos. A partir de estas

premisas se desbancó a la adolescencia de su concepción de momento de arranque de la sexualidad y se destronó a la infancia de su investidura sacra.

En “La metamorfosis de la pubertad”, Freud recurrió al término *reflorecimiento* para nombrar el fenómeno sexual que en este momento está en juego (Freud, 1905c: 1205). Él hizo alusión a la *exigencia de trabajo* que se le plantea al *yo*, demostrando de esta forma que el fenómeno adolescente es mucho más complejo que la sola cualificación de la excitación generada por las nuevas fuentes sexuales-genitales.

Recurriendo a la metáfora de un túnel cavado al mismo tiempo por ambos extremos, él intentó ilustrar la demanda que se le plantea al *yo* de lograr la mayor integración posible entre los remanentes inconscientes de la actividad sexual infantil, que resurgen a raíz del reforzamiento pulsional apalancado por la pubertad, y las nuevas fuentes y fines sexuales genitales, que igualmente exigen ser tramitados (1905c: 1210).

Por lo tanto, decimos que con el incremento de la tensión interna que conlleva la pubertad se da el surgimiento de las fuentes y de los fines sexuales-genitales y, al tiempo, el re-surgimiento de los remanentes inconscientes de la sexualidad infantil que parecían haberse apaciguado o extinguido al final de la infancia gracias a la inteorización de la norma en la edad escolar y de la introyección de las prohibiciones fundamentales que le permiten al sujeto su vinculación a la cultura, a saber, la prohibición al *incesto* y al *parricidio*.

Este *modelo bifásico de la sexualidad* planteado por Freud, nos resulta útil para entender por qué la adolescencia no remite a la idea de una crisis instintiva sino a considerar la re-

acción de los *impulsos pulsionales*, es decir, aquél tipo de energía psíquica que fue disociada a lo inconsciente durante el desarrollo psico-sexual infantil y que se incrementa en la adolescencia. Por lo tanto, no se trata de impulsos instintivos sino de un tipo de *energía libidinal* que conserva, en un plano latente, el empuje orientado hacia su externalización.

En Psicoanálisis se habla de *Pulsión* para hacer referencia a un impulso que no logra derivación orgánica adecuada y que, por ende, permanece en lo psíquico escindido del pensamiento conciente pero conservando en lo inconsciente la fuerte tendencia hacia su realización. Lo interesante de dicho concepto psicoanalítico es que nos permite entender el *estado pulsativo* que en lo inconsciente mantienen los impulsos sexuales y también los destructivos en pro de hallar un medio adecuado o, incluso, patológico de satisfacción.

Si partimos de esta concepción, más o menos general, sobre el concepto *Pulsión* con el fin de aplicarla al estudio de la *Adolescencia*, podemos entender el por qué de la alteración del funcionamiento mental que se logró consolidar hacia el final de la infancia.

Si decimos que en lo inconsciente los impulsos sexuales conservan, tanto su empuje pulsional como la tendencia a la realización de acuerdo a las modalidades o vías en que originalmente surgieron, se hace comprensible entender por qué los fines de la sexualidad infantil suelen resultar problemáticos en medio de unas exigencias sexuales de índole genital.

En la infancia no se cuenta con una madurez psicobiológica que permita otorgar respuesta adecuada a las tendencias pulsionales estimuladas por ciertas experiencias de tipo sexual o

sensual que, en la mayor de las veces, surgen a raíz del contacto del infante con su cuidador o por medio del contacto que el propio niño ejerce en la exploración erótica del cuerpo. Por lo tanto, al no poder ser descargados por medio de la vía motora adecuada, estos impulsos sexuales no desaparecen ni se desvanecen sino que, por lo contrario, por medio de mecanismos y de procesos psíquicos específicos son transferidos al inconsciente, desde donde continúan pulsando en pro de su realización.

En este sentido, Freud entendió la sexualidad infantil, que resurge en la pubertad, como una sexualidad *perversa polimorfa* (Freud, 1905c: 1205), haciendo de esta manera alusión a la incompatibilidad que se genera por la co-existencia de unas tendencias sexuales de *carácter autoerótico* y que remiten a una *multiplicidad de zonas erógenas*, en contraste con la *naturaleza aloerótica* y esencialmente *genital* de las tendencias sexuales secundarias de la adolescencia. De esta manera, la reactualización de estos remanentes pulsionales en medio de las condiciones corporales, mentales y sociales de la adolescencia, no puede menos que resultar anacrónica, incompatible, perturbadora y, por ende, acarrear el *rechazo* o el *repudio* por parte del *yo* a este material que resurge en pro de alguna forma de tramitación.[2]

Estos elementos teóricos nos permiten entender por qué, lejos de remitir a una idea de armonía y de maduración, la concepción de *Adolescencia* que en esta ponencia se presenta se centra en: 1) la experiencia de *des-encuentro con el otro-sexo*, así como 2) en la *vacilación en cuanto a lo sexual*, entendiéndolos como una fórmula teórico-clínica que

[2] Según Freud el intenso *horror a la sexualidad* despertado ante el incremento de la actividad pulsional, es un hecho universal presentado en la adolescencia que no depende de la educación y/o de la moral inculcada en la infancia (Freud, 1828b: 305).

marca las coordenadas para nuestra comprensión de la *condición crítica* de la metamorfosis psíquica de la adolescencia.

De igual forma, la idea acerca de que en la adolescencia se presenta una reactualización de algunas fuentes pulsionales surgidas en los primeros momentos del desarrollo psíquico, nos permite entender por qué dicha condición crítica no solo responde al efecto retroactivo de modalidades de satisfacción pulsional eróticas sino, también, al resurgimiento de intenciones agresivas e, incluso, de tendencias pulsionales arcaicas orientadas hacia lo mortífero o lo destructivo.

En síntesis, contar con el concepto *Pulsión* para el análisis de los fenómenos del comportamiento presentados durante la adolescencia nos permite explicar cómo la libido puede tender predominantemente o bien hacia lo erótico, en pro del amor y del vínculo con el otro, o bien en torno de la agresividad o de la destrucción. Además, debemos recordar la dualidad de la libido que le permite oscilar entre tomar como blanco de sus tendencias y fines a un objeto externo o tomar al *yo* y al propio cuerpo como receptor de su desborde.

En los momentos inaugurales del desarrollo, al no estar establecido aún un aparato psíquico consolidado, los impulsos no son tramitados elaborativa o secundariamente y, de esta manera, tampoco están diferenciados en sus fines, por lo cual las tendencias sexuales pueden ser satisfechas a través de fines agresivos y de actos literalmente sádicos y crueles o, por el contrario, las tendencias hostiles pueden ser satisfechas por medio de la actividad erótica.

Esta *ambivalencia pulsional* entre lo erótico y lo mortífero y su doble orientación interno-externo, se ilustra muy bien por ejemplo en la voracidad que el lactante en tiempos de dentición ejerce sobre el seno materno, en el control y el dominio que el niño en la primera infancia quiere ejercer sobre sus objetos filiales y materiales como forma de garantizar su presencia y amor, así como en la ida y vuelta de la pulsión enmarcada en el ciclo sadismo-masoquismo típico del niño de guardería, y en la ambigüedad del niño escolar entre las fantasías eróticas y las intenciones agresivas que guarda en torno de las figuras familiares y de sus sustitutos sociales (profesores, adultos, autoridades, etc.). Y de ahí en adelante, esta ambivalencia pulsional se puede ejemplificar mediante una serie de clichés hasta llegar a proponer el mismísimo acto sexual que, aunque es inminentemente erótico, requiere para su efectiva consumación la participación de una posición activa e, incluso, en sí mismo, cierto componente agresivo que enciende y alimenta el goce sexual.

En el epígrafe presentado al inicio hallamos descrito literariamente cómo la acción, es decir, la posición activa adoptada a partir del actuar, puede ser un recurso compensatorio frente al estado de traumatismo del funcionamiento psíquico y una respuesta primaria, a la manera de la *transformación en lo contrario*, del sentimiento de pasividad subjetiva que se traduce en una impotencia respecto a la posibilidad de poner orden al caos.

Pues bien, la primera tesis (del par) que en esta ponencia se quiere sostener, es que al hablar de la agresividad a partir del psicoanálisis , no es posible desligar la etiología del actuar de las vicisitudes que los impulsos sexuales experimentan a raíz de la metamorfosis metapsicológica y de la transformación subjetiva de la *Adolescencia*.

En la medida en que durante la adolescencia resurgen ciertas tenencias pulsionales que originalmente estuvieron orientadas hacia las figuras parentales (los primeros objetos para la pulsión), el adolescente frecuentemente se ve confrontado entre una realidad psíquica en la cual predomina la des-inhibición pulsional y el fallo en los medios defensivos que en la infancia permitían mantener la regulación de la dinámica psíquica, y una realidad material que lo capacita fisiológicamente para consumar las fantasías sexuales y agresivas construidas en torno de la escena familiar.

En coherencia con esto podemos decir que la exigencia de trabajo psíquico que convoca la adolescencia tiene que ver con una puesta en tención de las prohibiciones fundamentales en contra del incesto y del parricidio que en la infancia permiten regular la economía pulsional y posibilitan la incursión de la cría humana en las primeras instituciones sociales (como la familia, la guardería, la escuela, etc.). Por lo tanto, la reorganización mental de la adolescencia nos remite a pensar un proceso de *des-estructuración – re-estructuración* de los referentes básicos del esquema mental-corporal, de los soportes de la identidad sexual, de los cimientos de la subjetividad y, en general, de la configuración del aparato psíquico más o menos lograda hacia el final de la infancia.

En medio de estas condiciones psíquicas *el actuar* adolescente puede servir para *compensar antitéticamente* por ejemplo: la pasividad por actividad, el masoquismo por sadismo, el amor por odio, lo erótico por lo agresivo, lo sexual por lo destructivo, lo interno por lo externo, lo ficticio o lo propio del ámbito de la fantasía por lo material o lo fáctico, y viceversa.

En ese orden de ideas, a manera de fórmula podemos plantear que: “a mayor conmoción psíquica, habrá más probabilidad que el sujeto opte por recursos defensivos extremos que le permitan hallar alguna contingencia en la realidad externa, por medio del actuar errático, disruptivo, disocial, delictivo o propiamente antisocial y destructivo”. Lo cual permite colegir la segunda tesis que esta ponencia quiere defender, a saber, la relación intrínseca entre la violencia que el segundo arranque de la sexualidad ejerce sobre el funcionamiento psíquico y la violencia desatada por la reacción defensiva que se opera a través del actuar.

A este respecto no sólo se pueden hallar aportes de psicoanalistas sino también reportes clínicos de psiquiatras como por ejemplo Marcelli y Braconnier (1986), planteados en su “Manual de psicopatología adolescente”, en el cual señalan el *fondo depresivo* que se encuentra frecuentemente en la clínica detrás de las *actuaciones juveniles de naturaleza impulsiva y antisocial*. Al respecto comentan: “…la depresión en la adolescencia se manifiesta particularmente bajo la forma del paso al acto [entendido como aquél actuar agresivo o trasgresor de la norma y de la ley]. En este sentido, continúan diciendo los médicos en su manual: “la disminución psicomotora signo clásico de la depresión del adulto, está reemplazada por la constante búsqueda de estimulación, por la hiperactividad, alternando con periodos de fatiga y pasos al acto”; de manera que se puede concluir que “el paso al acto es una de las formas sintomáticas preferenciales de la depresión en el adolescente.” (: 81).

Con base en la elaboración que se ha presentado hasta el momento estamos en posibilidad de comprender la subversión que el Psicoanálisis plantea a la significación y al uso que

tradicionalmente se le asigna a la expresión “violencia sexual”. Subversión que consiste en entender este tipo de violencia no sólo como aquellas actuaciones explícitamente eróticas o abiertamente sexuales-genitales sino, también y en especial, algunas formas de actuar adolescente que fenomenológicamente se pueden manifestar por medio de la crueldad, del sadismo, de la hostilidad, de la agresividad e, incluso, en casos extremos, a través del acto mortífero como la auto-destrucción del *acto suicida* o la hetero-destrucción del *acto asesino*. Es decir, hablamos de la posibilidad de plantear una explicación etiológica sexual aún en aquellos casos en los cuales el análisis del modos operandi no da cuenta de algún tipo de actividad sexual explícita en la ejecución del delito o del crimen.

Para argumentar lo anterior se puede hacer alusión a los múltiples aportes teóricos propuestos en un siglo de evolución histórico-teórica psicoanalítica. No obstante, parce valioso comentar las conclusiones de una investigación recientemente terminada y próxima a publicarse, en la cual se halló que la motivación de los actos asesinos llevados a cabo por dos adolescentes (uno sin antecedentes jurídicos y quién no repitió su crimen, y el otro perteneciente a un grupo armado ilegal y asesino en serie) radicó en un conflicto inconsciente respecto al no saber cómo asumirse como hombres y, por ende, a su vacilación para acceder a la mujer en su estatuto sexual-genital.

Estos dos casos permiten ilustrar, de la forma más dramática y extrema, la ambivalencia pulsional. También, cómo durante la adolescencia se presentan las condiciones psíquicas favorables para que el actuar agresivo, destructivo y/o antisocial sirva de vía de expresión de conflictos sexuales que surgen en lo inconsciente y que, por ende, el sujeto de la acción

no puede reconocer ni asumir como propios dentro de la explicación que a nivel racional pueda crearse sobre su paradójico actuar.

No obstante, el día de hoy haremos alusión a dos casos extraídos de la labor psicoterapéutica llevada a cabo desde hace un año con el convenio COMFAMA – IPSICOL. En esta atención clínica se han hallado múltiples casos de adolescentes que fueron llevados a consulta por sus madres debido a al extraño comportamiento agresivo presentado por ellos exclusivamente dentro del ámbito familiar, especialmente, en contra de sus hermanas igualmente púberes o adolescentes.

Llama la atención el factor común hallado entre estas historias, que consiste en el sentimiento consciente y en el reconocimiento racional del odio que estos jóvenes manifestaron albergar en contra de sus hermanas. En contraste con el desconocimiento que radicalmente sostenían respecto al por qué o las razones coherentes y justificadas de tal sentimiento de odio y de las intenciones agresivas que constantemente mantenían.

Uno de ellos fue un varón de 14 años a quién llamaremos *J.C.* y quién fue llevado a consulta por su madre y por su hermana menor de 11 años. Según la madre, J.C. requería atención psicológica puesto que a ella le preocupaba salir a trabajar y dejar a sus dos hijos solos en medio de la constante y mutua discusión, irrespeto y agresión física que mantenían y que, últimamente, ya estaba dejando como consecuencia moretones, rasguños e incluso heridas abiertas, especialmente en el cuerpo de la hija menor. Comentó la señora en la entrevista inicial que en la última ocasión se le hizo muy difícil poder separarlos y calmarlos, especialmente a J.C.

No obstante, mientras que la madre hablaba con un semblante de evidente angustia, los dos hijos adolescentes (sentados a cada lado de la madre) se miraban de reojo y trataban de contener un ataque de risa que morbosamente los asaltaba de una manera irresistible. Llamó mucho más la atención el hecho que cada uno de ellos, en entrevista individual, asumían como un juego y como algo normal las constantes peleas, como si de esta forma descartaran de su discurso la dimensión hostil y agresiva de estas actuaciones repetitivas o como si, por lo menos, no las quisieran admitir conscientemente y frente al terapeuta. Aún cuando los dos, paradójicamente, se quejaban de las consecuencias físicas y emocionales, cada vez más graves, que sus peleas les estaban produciendo.

J.C. durante la mayor parte del tiempo que asistió a sus entrevistas preliminares se mostró como un adolescente educado, con una buena apariencia personal e, incluso, calmado y muy reservado. Respecto a su hermana sólo emitía sentimientos de odio e ideas de venganza, y frente a las preguntas sobre su motivación mantuvo un constante "no se" al igual que el silencio. Sin embargo, la imposibilidad de verbalizar algo más que el afecto irritativo que sentía respecto a su hermana no parecía responder a una actitud parca ni a una indisposición respecto a las consultas, de hecho *J.C.* comentaba que le gustaba "ir a relajarse a dónde el psicólogo".

Teniendo en cuenta el anterior contexto, las hipótesis clínicas se inclinaron a contar con la intervención en este caso de fuertes resistencias que a nivel inconsciente se estaban desarrollando en contra del despliegue del proceso terapéutico.

Incluso en las producciones gráficas que el joven elaboró en algunas ocasiones durante consulta se evidenciaba la acción de fuertes resistencias que no le permitían conocer sobre la etiología sexual de su repetitivo y sintomático actuar agresivo fraterno. Mientras que la mayoría de niños y de adolescentes dibujan una escena a partir de la cual posteriormente responden a la indicación de construir una historia o un cuento, en algunos casos más elaborada y más rica en recursos simbólicos que en otros, *J.C.* dibujaba esporádicamente figuras tribales y líneas curvas que se entretejían entre sí, sin conformar una figura específica sino, más bien, parecían gráficos a la manera de un fondo o propiamente un tejido que recubría el espacio en blanco del papel. Estas producciones icono-gráficas le resultaban al mismo adolescente abstractas y amorfas, por lo cual le era imposible articular alguna palabra sobre sus dibujos.

Por su parte, la hermana de 11 años de edad era en apariencia una niña que inspiraba cierta ternura y reflejaba un semblante de ingenuidad que contrastaba con su mirada y su sonrisa pícara y con las actuaciones erráticas que casualmente llevaba a cabo contra de los objetos que se hallaban en el escritorio del terapeuta. La madre decía sobre su hija que "es una pequeña muy dulce y muy tierna que lleva del bulto por la envidia que al hermano le da por ser ella la consentida". De esta manera, la madre expresó de diversas formas que ella concebía a *J.C.* como el único responsable de la violencia fraterna que se presentaba en su hogar.

Poco a poco y a medida que se pudo establecer una relación terapéutica positiva y justo en el momento previo a la deserción abrupta del adolescente, *J.C.* expresó unas palabras interesantes acerca de aquello que le resultaba irritante en su hermana. Al respecto afirmó: "por ejemplo, yo estoy viendo televisión en la sala y ella sale del baño y se empieza a

pasear en toalla de aquí para allá. Es que me saca la piedra porque yo sé que ella se da cuenta que a mi me disgusta eso y más lo hace, hasta se ríe y se le ve en la cara cómo lo disfruta … llega un momento en que yo no aguanto, me paro y la regaño pero ella me contesta y más lo hace, entonces le pego: la mechoneo, la pateo o le doy con lo que encuentre y claro, pues ella grita y llora y mi mamá vine y me castiga a mí por pegarle a la niña de la casa, la luz de sus ojos"

Ese día *J.C.* mantuvo en consulta un semblante de angustia acompañado de una constante inquietud psicomotora que se incrementaba a medida que recordaba vívidamente el repudio, el rechazo y la censura que le suscitaban los comportamientos eróticos de su hermana, que a él le resultaban provocadores de agresividad y de hostilidad.

No obstante *J.C.*, por más que trataba de enunciar el contenido sexual de su motivación agresiva, nunca llegó a decirlo expresamente ni, mucho menos, a asumirlo subjetivamente. Curiosamente, faltó a la siguiente sesión. Al volver a la otra semana se mostró radicalmente callado y, por primera vez, indispuesto y desanimado frente a su proceso psicoterapéutico. Entre otras razones, le hizo pensar a su mamá en el transcurso de esa semana que ya había adquirido elementos suficientes para poder controlar sus impulsos agresivos y que, más bien, el dinero que gastaban en las consultas lo podían invertir en el pago de una escuela de fútbol para él. Lo cual la madre halló coherente y justificado, dado que ella se estaba percatando que *J.C.*, en lugar de mejorar estaba empeorando, en especial, después de salir con rabia de las últimas sesiones terapéuticas. Por lo tanto, la señora comunicó en esa última entrevista el cierre unilateral de la atención prestada a su familia.

Esta viñeta clínica extraída del caso de *J.C.* nos permite ilustrar cómo en la adolescencia las tendencias sexuales reprimidas y que otrora estaban dirigidas hacia las figuras filiales se reactivan y se recrudecen, concediendo así a las fantasías incestuosas la posibilidad de verse fácilmente realizadas en lo real, y a las figuras familiares el estatuto de tentaciones y de provocadores de estas tendencias sexuales aberrantes que son radicalmente repudiadas y rechazadas de la consciencia.

Igualmente, el caso de *J.C.* nos permite entender cómo en la adolescencia se puede dar una condición psíquica aparentemente paradójica que consiste en la co-existencia de cierto grado de reconocimiento del *yo* de la naturaleza sexual de aquello que lo irrita y que lo lleva a reaccionar agresivamente; y, al tiempo, una radical desestimación subjetiva de tal reconocimiento, lo cual permite que en el plano conciente se conozca sólo los sentimientos de odio y de venganza, es decir, es un proceso que permite acceder racionalmente al negativo del conflicto sexual que, a pesar de manifestarse tan evidentemente (desde el punto de vista de un observador externo), no se pude encadenar a una trama de representaciones verbales que le permita ordenar y dar sentido a o inconsciente a partir de las leyes del funcionamiento psíquico secundario.

Vemos entonces cómo en la medida en que en este caso se impuso un contenido inconsciente *mudo* o *in-asociable* al pensamiento verbal, este adolescente recurría a la actuación agresiva como recurso de emergencia que le permitía compensar su sentimiento de pasividad frente a su hermana por sentimientos de odio, al igual que transformar los estímulos eróticos encontrados en el contacto corporal con su hermana, en impulsos agresivos que reflejaban el rechazo y el repudio que desataban tales tendencias sexuales

prohibidas y la violencia que éstas ejercían en el funcionamiento psíquico secundario o propiamente elaborativo de este adolescente.

De esta manera, evidenciamos cómo este tipo de violencia intrafamiliar física y emocional puede pensarse, en un sentido etiológico, como una modalidad de comportamiento que resulta de la violencia que ejercen en lo psíquico ciertos conflictos de naturaleza sexual. Por lo cual colegimos cómo esta viñeta clínica ilustra muy bien las tesis planteadas en esta presentación.